

Aliste, Enrique; Núñez, Andrés
LAS FRONTERAS DEL DISCURSO GEOGRÁFICO: EL TIEMPO Y EL ESPACIO EN LA
INVESTIGACIÓN SOCIAL
Chungara, Revista de Antropología Chilena, vol. 47, núm. 2, 2015, pp. 287-301
Universidad de Tarapacá
Arica, Chile

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=32639316013>



LAS FRONTERAS DEL DISCURSO GEOGRÁFICO: EL TIEMPO Y EL ESPACIO EN LA INVESTIGACIÓN SOCIAL

THE BOUNDARIES OF GEOGRAPHICAL DISCOURSES: TIME AND SPACE IN SOCIAL RESEARCH

Enrique Aliste¹ y Andrés Núñez²

El interés por el espacio ha sido un asunto central y clásico en el ámbito de los estudios en geografía, organizando su saber desde ópticas diversas en relación con la investigación social. Así, ha postulado por una parte un vínculo directo con las ciencias naturales y, por otra parte, ha desarrollado caminos de carácter más humanista que la han comprendido como una ciencia social. En este contexto, durante el siglo XX el factor tiempo ha aparecido como un elemento clave para proyectar una geografía cuya racionalidad se asocie estrechamente con otras ramas de las ciencias sociales y humanas, como la antropología, la sociología, la historia y la filosofía. De esta forma, las fronteras del discurso geográfico se han abierto a nuevas comprensiones de la espacialidad y entre ellas emerge la necesidad de trabajar el espacio desde su contextualidad temporal que define su sentido y significado sociocultural, yendo más allá de la disciplina geográfica propiamente tal. De esta forma, una “hermenéutica geográfica”, así como la textualidad del espacio, se proyectan como un enlace y propuesta al momento de pensar la geografía actual y sus diferentes desafíos en el campo de las ciencias sociales y humanas más imbricadas entre sí y recogiendo el desafío de nuevos conocimientos asociados a la contingencia y temas futuros.

Palabras claves: tiempo-espacio, hermenéutica del territorio, racionalidad, conocimiento espacial.

The interest in space has been a central and classic issue in studies in geography, which have organized their knowledge from different perspectives in relation to social research. Thus, on the one hand it has postulated a direct link with the natural sciences and, on the other hand, it has developed more humanistic approaches that have understood it as a social science. In this context, during the twentieth century, the issue of time has emerged as a key element for a geography whose rationality is closely associated with other branches of the human and social sciences, such as anthropology, sociology, history and philosophy. Thus, the boundaries of geographic discourse are open to new understandings of spatiality and, among them, the need emerges to deal with space from its temporal context that defines its temporal and socio-cultural significance, going beyond the discipline of geography as such. In this way, geographical hermeneutics, as well as space textuality, is projected as a link and a proposal when thinking about current geography and its various challenges in the field of social sciences and humanities, and taking up the challenge of new knowledge associated with contingency and future issues.

Key words: Time-space, hermeneutic of territory, rationality, spatial knowledge.

Este es el poder del lenguaje: está tejido por el espacio...

(Foucault 1999 [1964]:234).

La reflexión sobre el lugar y posición conceptual del espacio en la discusión y contribución a las ciencias sociales viene desarrollándose hace ya varias décadas. En ese ámbito, el espacio, aspecto central de estudio en la esfera de la geografía, ha sido por tradición una perspectiva asociada a lo físico, a lo visible, a lo evidente, a lo tangible. Aquella fue una práctica iniciada en el siglo XIX que partió de la base que el espacio era solo lo material. En

ello contribuyó, entre otros factores, la concepción decimonónica de una temporalidad disociada de la espacialidad. Es decir, aquella percepción paradigmática que llevó a que durante el siglo XIX y buena parte del XX el tiempo fuese lo dinámico y el espacio lo inerte. Sin embargo, una serie de cambios en torno a las propias ciencias sociales y a la propia rama de la geografía ha llevado a que tal posición ya no se sostenga. Un elemento sustancial

¹ Departamento de Geografía, Universidad de Chile, Santiago, Chile. ealist@uchilefau.cl

² Instituto de Geografía, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, Chile. aanunezg@uc.cl

de aquel cambio nos remite a lo que Halbwachs ha denominado “los marcos sociales de la memoria” (Halbwachs 1997 [1950]:63), en referencia a que nuestra percepción de las cosas, por tanto también del espacio, está mediada por una memoria colectiva o social que nos representa, cual escenario, lo que comprendemos como “verdadero” o “real”. Desde esta posición, el espacio deja de ser algo ajeno al sujeto observador para transformarse en el resultado de su interpretación, definición que, y esto es lo clave, no surge sola o individualmente sino en un contexto sociocultural. De este modo, el espacio ha pasado, no sin altibajos, a comprenderse bajo la lógica de una representación social que no es constante ni única y, por lo mismo, lo ha llevado a alejarse de las concepciones idealistas decimonónicas donde “lo geográfico” correspondía solo al “objeto” frente a un sujeto puro e incontaminado.

En este paradigmático giro, indispensables han sido los aportes de Santos (2002), Soja (1989), Harvey (1997), Di Méo (1998, 1999), Latour (1999, 2008) o el mismo Foucault (2013 [1984]), solo por señalar algunos. Entre ellos destaca la idea de una renovada valorización de la estrecha relación temporalidad-espacialidad, lo que ha repercutido directamente en la concepción que del espacio se ha ido llevando en las ciencias geográficas y, por ende, en las sociales. De este modo, es cada vez más recurrente la idea de una espacialidad cuyo sentido surge desde una producción sociocultural que varía de acuerdo con las diversas épocas. Temas como la crisis ecológica (en su condición de problemática medioambiental), los movimientos sociales, la concepción del paisaje o la articulación y dinámica de los procesos de transformación urbana y rural, entre otras, constituyen un buen ejemplo en este sentido. La idea de una naturaleza del espacio que se ve cargada e influenciada por concepciones culturales y marcos conceptuales diversos han permitido ampliar la discusión en este tema, apuntando a una reflexión que tiene un punto interesante de encuentro: ¿cuál ha sido el papel de la geografía en esta discusión?

En el presente escrito buscamos explorar de manera resumida algunas pistas acerca de la relación entre geografía y el resto de las ramas de las ciencias sociales y cómo ambas instancias se van articulando con el tiempo, de modo que la geografía no ha estado immune a los cambios de las ciencias sociales y viceversa. Colocamos el acento en la posibilidad de debatir nuevas perspectivas en torno

al estudio geográfico. Nos motiva la posibilidad de abrir la discusión hacia una renovada racionalidad en relación con el estudio geográfico, tanto desde las posibilidades que implican aquellos temas emergentes, pero en especial bajo la propuesta que aquella postura epistemológica sea un diálogo abierto con otras disciplinas como la sociología, la antropología, la historia y la filosofía, por nombrar algunas. Una renovada racionalidad en geografía retoma y valoriza la irrupción de ciertos conceptos, como cosmovisión, cultura, hermenéutica, entre otros, que vienen a proyectar un análisis del espacio desde sus procesos de significación a partir de las diversas lecturas que las sociedades le dan al territorio, en las, a su vez, distintas escalas en que ellas se proyectan.

En definitiva, como ha venido discutiéndose en las ciencias sociales en las últimas décadas, “lo geográfico” no puede ser indiferente de la serie de procesos socioculturales en los que la propia geografía –y su espacialidad– adquiere significación. En ello, la idea de entender a la geografía como una ciencia social aparece como necesario e indispensable.

Historia, Tiempo y Geografía: Corrientes de Pensamiento e Idea del Espacio

No es nueva la concepción que aborda el modo en que se relaciona el hombre y su medio. Pero sí se convierte en tema de debate en las ciencias bien avanzado el siglo XX. Al inicio del pasado siglo, Vidal de la Blache (1892) proponía la idea de una ciencia regional, donde lo importante no era la clásica construcción de un objeto de estudio, que para profundizar el conocimiento de las formas de paisaje debía aislar el fenómeno físico de la influencia humana. Por el contrario, señalaba que la verdadera vida de la región se relacionaba directamente desde el modo en que el ser humano establecía su relación con el medio y de dicha forma emergían los *genres de vie* o modos de vida. La perspectiva regional dará impulso a ideas tan importantes como las sostenidas por Febvre (1970 [1922]), Bloch (1996 [1949]) o Braudel (1985) en torno a la importancia de la naturaleza y el entorno en la configuración de los procesos históricos de larga duración. En definitiva, ello marca de alguna forma la irrupción del conocimiento geográfico como necesidad que complementa la reflexión sobre el fenómeno del tiempo en la sociedad.

En el libro *La Terre et l'Évolution Humaine*, editado por primera vez en 1922, el historiador Lucien Febvre convoca a una introducción geográfica a la historia. Allí, en un lenguaje propio del estilo francés de la época, pone el acento en la necesidad de que el entorno colabore con la comprensión de los fenómenos de la sociedad y la configuración de procesos que van de la mano de dichas condiciones, alejándose del fatalismo que proponían las miradas deterministas y oponiendo en cambio la tesis del posibilismo, que consideraba las condiciones geográficas como materia y no causa del desarrollo de las sociedades. Este paso, muy relevante en el modo en que se comienza a construir la historia y la geografía del siglo XX, ofrecerá una mirada en la que tiempo y espacio se articulan de manera indisoluble para avanzar en el conocimiento de la sociedad. Es de alguna manera una de las ideas que inspira la creación de la revista y tradición de los *Anales* fundada por Marc Bloch y Lucien Febvre¹.

En 1928, reunidos en Cambridge, el tema que motiva el Congreso Internacional de Geografía es precisamente el del hábitat. Lefèvre escribe en el primer número de la revista *Annales d'Histoire Économique et Sociale* sus impresiones y aspectos claves de la reunión, remarcando el hecho de que el tema (del hábitat) resulta primordial para la historia económica y social que interesa a esta revista, especialmente considerando que años antes el motivo de la misma reunión era el de explorar las condiciones de hábitat rural y las transformaciones que se estaban viviendo (Lefèvre 1929:73).

El desarrollo de otras perspectivas en la geografía que se apegaban más a las tradiciones cercanas a las llamadas ciencias de la tierra comenzó a elaborar aproximaciones en donde los trabajos en materias como geología, clima o hidrografía pasarán a ser vitales en las tradiciones geográficas. Hacia fines del siglo XIX esta ya era una tradición sólida en Francia y de ello el mismo Vidal de la Blache (1892) da cuenta. Pero más avanzado el siglo XX la revolución positivista y cuantitativa de la segunda mitad de siglo, marcada al inicio por las geografías que apoyaban de alguna manera los proyectos desarrollistas, de reconstrucción postguerra y las perspectivas de los inventarios de recursos, fueron generando paulatinamente esta suerte de distanciamiento de la geografía de corte más humano hacia la geografía de la mano de las tradiciones más naturalistas con vigorosa incidencia luego del neopositivismo. Así, la tradición de la geografía de los mapas, de los modelos,

de las teorías y las leyes tiende a reducir el hecho humano a las cifras y tendencias. Del mismo modo se produce una distancia de la geografía entendida plenamente como una ciencia social en su sentido más tradicional. En rigor, las ideas iniciales de Durkheim (2000 [1897]), referidas a la noción de "morfología social", sugerían un distanciamiento disciplinar entre la naciente sociología respecto de la geografía de inicios del siglo XX. La llegada del último tercio del siglo XX traerá de regreso la necesidad de aunar y recuperar la perdida relación entre las ciencias sociales y la geografía. Corrientes como las geografías radicales de corte marxista, las geografías críticas en una línea neomarxista, así como las tendencias postestructuralistas y los enfoques culturales por el lado de la geografía, situarán perspectivas y aproximaciones a temáticas en donde la distinción clara entre antropología, geografía, sociología, historia no será evidente y ello colaborará con la emergencia de nuevos enfoques y temáticas a la luz de, al mismo tiempo, nuevas demandas de la sociedad por conocimiento diferente. Un nuevo contexto histórico y social además situará la necesidad por conocimiento espacial de la mano de interpretaciones en donde converjan tanto enfoques desde las ciencias naturales como desde las ciencias sociales y las humanidades; lejos de buscar definiciones claras desde el punto de vista disciplinar, la tendencia será la creciente necesidad de aproximaciones interdisciplinares a la luz de un nuevo fenómeno emergente: la crisis ecológica.

La naturaleza como sujeto social en el devenir de la geografía

La irrupción en 1972 del discurso ambiental, a cargo de la publicación del informe "Los límites del crecimiento", de Meadows y Meadows (1972), generará una nueva condición y escenario respecto del modo de entender las relaciones sociedad-naturaleza. Desde este momento, el tema de la crisis ambiental se convertirá en un sujeto que cruza lo social más allá de los aspectos, en estricto ecológicos. Naturaleza, sociedad y política vendrán a ocupar un nuevo lugar en el debate que antes era patrimonio exclusivo de lo tradicionalmente social, descontextualizado de las circunstancias que territorialmente crean las propias miradas y condiciones de aquello llamado o entendido como "lo social".

Como lo señalan Redcliff y Woodgate (2002), no existió mayor interés de parte de las ciencias

sociales por la naturaleza, por cuanto ella era el objeto clásico de las ciencias naturales. En tal sentido, es interesante lo que indica Foucault en cuanto a que lo anterior no es otra cosa sino una de las herencias más notorias de la ilustración: la separación entre naturaleza y naturaleza humana marcará el umbral de nuestra modernidad (Foucault 1968) y con ello también el sello de los sistemas de conocimiento contemporáneos.

Leff (1986) por su parte nos ofrecerá una panorámica de las dificultades conceptuales para enfrentar el tema ambiental cuando intentamos su análisis con los dispositivos clásicos desarrollados desde el siglo XIX para dichos fines. La ciencia normal que definía Kuhn (1986 [1962]) permitía un gran avance en materia de conocimientos disciplinares, mas impide el avance en otras áreas relevantes y puestas en evidencia durante la segunda mitad del siglo XX: la emergencia de la complejidad como nuevo modo de entender el mundo y con un marco epistemológico que exige de nuevos dispositivos intelectuales para dichos fines (Morin 1994). Paso a paso, se va mutando en la necesidad de comprender de un modo diferente la manera en que la sociedad, bajo sus diversas formas y concepciones, establece su relación con el entorno. La idea de la cultura como mediatizador entre la sociedad y su entorno adquiere fuerza y, desde allí, la necesidad de nuevos horizontes conceptuales para comprender más allá de las definiciones clásicas de la ciencias.

De esta forma, naturaleza, cultura y sociedad dejan de comprenderse como definiciones o conceptos dados, definitivos o esenciales. Como lo señala Claval (2002), se comienza a aceptar la idea de enfoques culturales y el espacio no queda ajeno a ello. Desde esta problematización de la naturaleza y su relación con la sociedad, en efecto, emerge una interesante oportunidad de discusión en torno a la necesaria articulación entre ciencias naturales y ciencias sociales, definiendo así una nueva filosofía o racionalidad de abordaje de los conocimientos emergentes hacia fines del siglo XX e inicios del siglo XXI.

En su trabajo *Politiques de la Nature* Latour (1999) establece una reflexión abierta y franca sobre la emergencia de este nuevo sujeto político. Latour promueve, en efecto, la necesidad de aceptar la existencia de una ecología política que requiere de consolidación y lugar preciso en el seno de las temáticas que atingen a las ciencias sociales. Sin

embargo, sostiene que es necesario antes realizar una amplia reflexión en torno a las dificultades que se asocian a este nuevo sujeto, precisamente por las vertientes tan disímiles en el origen y modo en que se construyen sus respectivos saberes: ciencia, naturaleza y política no serán fáciles de reunir por cuanto sus lugares en los sistemas de conocimiento son muy diferentes. Por ello sostiene la necesidad de redefinir el modo en que se hace ciencia así como también el modo en que se practica la política. En líneas similares, Lascoumes (1994) plantea que el surgimiento de lo que él llama el “ecopoder” no es otra cosa que la puesta en evidencia de intereses diversos de la sociedad que nos sitúa en el dilema de tener que tomar decisiones duras provenientes de conocimientos más bien blandos (Lascoumes 1994:24).

En trabajos más recientes de autores como Peet et al. (2011), Robbins (2004), Escobar (2008), Leff (1986), Porto-Gonçalves (2001), Bebbington (2012), Zimmerer (1994), entre otros, se ha desarrollado una producción científica anclada en el compromiso, visión crítica y el contacto entre conocimiento formal, saberes, tradiciones y política. El resultado de ello es la existencia hoy de conocimientos contextualizados en su entorno económico, político, social y cultural, puestos en perspectiva, de modo de comprender las realidades que permiten vislumbrar el modo en que las transformaciones territoriales y socioambientales se dan y en virtud de qué contextos sociopolíticos ellas ocurren. En síntesis, es una manera concreta de conectar tiempo y espacio emplazando acciones y situaciones que colaboran a comprender procesos socioespaciales en curso.

Se puede señalar que estas perspectivas, en definitiva, además de colaborar en dar un giro al modo de analizar las realidades y dinámicas ambientales y territoriales, han permitido generar nuevas preguntas y nuevas reflexiones en torno a temas como el estudio de las condiciones del medio, el desarrollo, las perspectivas de crecimiento económico, la calidad de vida, entre otros, ampliando las visiones y entendiendo el nuevo escenario de complejidad, debido tanto por la diversidad de enfoques que aquí convergen como por los mecanismos analíticos que se están empleando para ello.

En muchos casos no son pocas las paradojas que emergen al investigar por ejemplo las implicancias que tienen las mejoras del medio ambiente. Cuando estas requieren transformaciones culturales severas, permiten hacer surgir nuevas preguntas que no

resultan de fácil respuesta y exigen por lo mismo nuevas reflexiones en el campo de lo ético. Ello nos hace volver a la filosofía y en algunos casos a miradas que habían sido de dominio exclusivo de las humanidades y no de las llamadas “ciencias duras” en donde clásicamente se había situado a las ciencias ambientales y a la propia geografía (a una parte de ella al menos). Poco a poco hemos vuelto a entender que no basta con dicho enfoque, pues lo que se genera es la convergencia y la necesidad de albergar bajo una sola mirada al tiempo-espacio. Pero además, lo que vuelve a situarse como relevante es retomar las preguntas sobre cómo es que hacemos lo que hacemos. La idea de volver atrás en la ciencia se torna interesante y pareciera ayudar a comprender que una parte dada por superada con las formas de conocimiento masificadas durante la segunda mitad del siglo XX hoy requieren de una necesaria revisión.

Aquella revisión necesariamente incide en la posición de la geografía en relación con las ciencias sociales. Ella, como parte del paradigma científicista decimonónico apostó, en cierto modo, por un vínculo más estrecho con las ciencias naturales, lo que se explica básicamente por su interés en temáticas como geología, climatología, geomorfología, hidrología o biogeografía. En Chile en particular, aquello supone una organización del saber geográfico, cuyos cimientos pertenecen a la búsqueda de conocimientos geográficos en el marco de la nación en formación en el siglo XIX con trabajos como los de Pissis (1875), Philippi (1860), Albert (1907), Gay (1854), Domeyko (1846), entre otros, y a la definición de una joven disciplina cuya influencia germana se dejó sentir en el primer tercio del siglo XX, especialmente por el trabajo desplegado por Steffen en el Instituto Pedagógico (Sahueza 2012). Sin embargo, desde su inclusión como disciplina académica en 1942 la geografía ha establecido relaciones importantes con otras ramas como la historia o la sociología, como se dio durante la dirección del Instituto de Geografía de la Universidad de Chile del francés Jean Borde entre 1956 y 1961.

Desde sus inicios, la idea de una geografía que describe y pormenoriza los acontecimientos físicos y humanos deja poco espacio a los procesos sociales y culturales que se articulan con dicho espacio. Pieza clave en este sesgo fue el desarrollo de los textos sobre geografía de Chile, en donde el foco principal fue la noción de inventario de recursos

(Arenas et al. 2013). Allí el clásico *Geografía Económica* de la CORFO (dirigido por Fuenzalida), o la *Geografía de Chile* de Almeyda Arroyo (1955), ampliamente conocidos y difundidos, forjaron además la idea de una geografía de la mano de la cartografía y la geodesia como validadoras de una forma de conocimiento en donde la descripción y caracterización sellaron dicha tradición. La existencia por lo demás de un Instituto Geográfico Militar (con una marcada y sólida tradición cartográfica y geodésica) termina por consolidar la idea de una geografía que no aclaraba su posición en el concierto de las disciplinas científicas. A veces ciencia dura, a veces ciencia blanda.

Con todo, el inminente vínculo de la geografía con las ciencias sociales en la década de 1960 se ve drásticamente truncado con la llegada de la dictadura en Chile. De alguna forma, en aquel período los estudios geográficos retoman su tradición más cercana a las ciencias de la tierra que resultaban, por decirlo de algún modo, más inocuas o alejadas del sesgo político y, a su vez, se retoma la línea germana inculcada hace décadas. Con ello, claro está, se acentúa una vez más la distancia con las ciencias sociales y humanas.

Pero ya en la década de 1990 determinados estudios urbanos, y en particular una geografía urbana con una sólida tradición en los estudios sociodemográficos, logran de nuevo acercar la geografía a los temas de interés para la sociología, especialmente la sociología urbana. Los estudios urbanos en general comienzan a mostrar poco a poco una interesantísima oportunidad de encuentro entre perspectivas que vuelven a poner de manifiesto esta idea de una necesaria mirada al tiempo-espacio como proceso que colabore a comprender la emergencia de temas tan relevantes como el de las migraciones, los movimientos sociales, las diferentes prácticas de uso del suelo en la ciudad, los fenómenos de segregación socioespacial, la concentración espacial del capital, el tema de la vivienda social², etc., volviendo a comprender la necesidad de no separar por disciplinas el estudio de los procesos espaciales respecto del curso de las ciencias sociales. Si a esto se suma el creciente interés y avance en estudios referidos a la relación entre geografía y antropología del territorio (Ther 2012), el vínculo o necesidad de articular conocimiento espacial con el conocimiento de procesos culturales permite ir fortaleciendo la idea de una geografía que se articula dinámicamente con disciplinas tradicionales de las

ciencias sociales, en una relación simbiótica cada vez más evidente³.

Este proceso emergente de cambio de siglo se ve agudizado además y en especial con la irrupción de la complejidad como paradigma, las reflexiones sobre teoría del conocimiento, neurociencias, el tratamiento de la objetividad y la considerable influencia que ejerce la “Escuela de Santiago”⁴ en el surgimiento de nuevos enfoques en la investigación en general (tanto en las ciencias naturales como en las ciencias humanas) que amplían la idea de una nueva racionalidad donde la geografía no queda ajena. Si bien es menos difundida y tal vez aún se encuentra en pleno proceso de desarrollo, una renovada racionalidad en geografía se atreve a rescatar postulados filosóficos de tradiciones como la fenomenológica y hermenéutica para repensar el modo en que se construye y asume el proceso de habitar, de existir **con** y **en** el espacio desde un ser que no puede estar ajeno o independiente de él en el tiempo que vive.

Una renovada racionalidad en Geografía. El espacio como texto

¿Qué nos permite en la actualidad hablar entonces de una renovada racionalidad en geografía? ¿Qué elementos aparecen como claves para comprender la espacialidad como sujeto social? ¿Qué aspectos interdisciplinarios aportan a la comprensión de una geografía que se asienta en un vínculo estrecho con las otras áreas de las ciencias sociales? Preguntas amplias que requieren respuestas con el fin de ampliar la discusión de la relación tiempo-espacio en la investigación social. Las ordenaremos a partir de tres conceptos que buscaremos proyectar con otros tantos ejemplos. Aunque la idea es exponer con sencillez, los alcances de la reflexión nos han llevado a formular la posibilidad de abrirnos a una nueva manera de comprender el espacio. Cada uno de los enfoques acá propuestos ha mutado en sus procesos de significación, lo que ha gatillado que las llamadas ciencias sociales hayan debido reformular sus problemáticas y sus preguntas en lo que va del siglo XXI a la fecha. La geografía, y este es el acento puesto acá, no ha estado ausente de aquella proyección.

En este contexto, postulamos para la geografía, y en ello no somos pioneros, aunque en Chile es un tema poco trabajado, que el espacio, como elemento central de los estudios geográficos, ya

no puede ser comprendido solamente como un elemento tangible y visible y debe también, por tanto, concentrar su atención en sus permanentes y cambiantes procesos de construcción sociocultural, es decir, en aquello que García Canclini (1997) ha llamado la “reconstrucción constante del objeto” (Lindón 2007).

Un primer elemento que sustenta esta renovación es, precisamente, la noción de tiempo. El surgimiento hacia los siglos XVIII y XIX de una concepción de temporalidad específica, ilustrada podríamos decir, colaboró de forma directa a que el espacio fuese homologado con lo natural, con lo físico. El espacio fue relegado a un segundo lugar particularmente durante el siglo XIX y buena parte del XX en el contexto de una valorización inusitada por la historia y, con ella, de la temporalidad. Tal como se ha señalado en las primeras páginas, el espacio fue el equivalente de lo inmóvil, lo incontaminado, lo muerto, en definitiva, un objeto absolutamente ajeno al sujeto (Soja 1989). En otras palabras, un objeto evidente, visible, tangible, cierto, “real”, podríamos decir. En contraposición, el tiempo, bajo aquella concepción iluminista, además de elemento esencial de los estudios históricos, fue sinónimo de progreso, civilización y movilidad, es decir, de un dinamismo de claro sentido teleológico. Tal perspectiva dio pie para que la espacialidad fuese comprendida únicamente como el ámbito de lo físico y natural –cuna de la geografía–, y la historia y otras de las llamadas ciencias sociales se vinculasen a lo social, aunque desde una lógica naturalizada. Foucault ha expresado el tema del siguiente modo: “El espacio fue tratado como lo muerto, lo fijo, lo no dialéctico, lo inmóvil. El tiempo, por el contrario, fue rico, fecundo, vivo, dialéctico”. Y concluye: “La gran obsesión del siglo XIX fue, como se sabe, la historia. Tal vez la época actual sea más bien la del espacio” (Foucault 1968:15).

En la actualidad aquella relación y comprensión tanto del tiempo como su vínculo con el espacio ya no se sustenta. La relevancia del espacio en los estudios sociales identificada por Foucault ha sido, por cierto, un horizonte que ha colaborado a dar un giro radical al asunto. Ha sido tan importante ese cambio incluso, o tal vez especialmente, para la propia geografía. El panorama lo han expuesto los geógrafos Noguér y Albet del siguiente modo: “Al igual que la geografía de los últimos 30 años integró el análisis de los fenómenos sociales y culturales con sus respectivos giros, el resto de las ciencias

sociales también ha vivido un giro geográfico al incorporar el enfoque espacial al abordaje de la realidad social" (Nogué y Albet 2004:15).

De este modo, la geografía ya no desconoce la relación sociedad-espacio. Esto, sin duda, no solo afectó el cambio de perspectiva ya anunciado, sino que en especial ha colaborado a remecer los cimientos epistemológicos de ella, fundamentalmente porque ahora la espacialidad no es distante a sus lecturas sociales, a los valores y símbolos discursivos, a sus particularidades, en fin, a los tipos culturales en los que una espacialidad se desenvuelve. Pero no nos adelantemos, continuemos con el primer elemento: el tiempo.

En la actualidad ya no es factible concebir el tiempo en sentido teleológico, herencia de una concepción cristiana de la vida, legado tomada por la ilustración. La temporalidad ha quedado marcada por el *Dasein* heideggeriano, con el "ser-para-la-muerte" o la simple existencia, es decir, el hombre reconocido en su propia finitud e historicidad. En este proceso, la temporalidad cambia de sentido, de perspectiva, pasando a transformarse en un asunto intrínseco al ser humano. La lectura desde inicios del siglo XX, tal vez desde fines del anterior con Nietzsche y su definición del hombre como un "devenir de interpretaciones", es que el ser es temporalidad, es ser del tiempo o como ha expresado Ricoeur, el ser humano es representado "en su condición histórica en cuanto modo de ser insuperable" (Ricoeur 2010:447).

Aquella mudanza paradigmática en relación con la significación del tiempo, nos coloca en el centro mismo de lo que deseamos expresar en este escrito. Nos referimos a que todo espacio tiene una historia e incluso la geografía no puede escapar a su sentido temporal. Es decir, la geografía no puede evadirse a su propia historicidad, de su propio lenguaje sociocultural, ya que, en rigor, ella es parte de una producción discursiva generada en el tiempo. Siguiendo a Ricoeur: "Lo común de la experiencia humana es su carácter temporal" (Ricoeur 2000:190).

Sin embargo, aquella temporalidad –y en esto existe un cambio decisivo– ya no está basada en una estructura lineal del siglo XIX, cuyos pilares eran el progreso y la historia, ambos patrones hegelianos donde se manifestaba el Espíritu. Ahora la temporalidad será asociada a una historicidad que es móvil y cambiante, donde el propio sujeto es un ser histórico y, como tal, sus perspectivas

van mutando y con ella los sentidos y valores que se les van asignando como sociedad a las cosas y, por ende, a la espacialidad.

En esta nueva concepción de la temporalidad han resultado relevantes, entre tantos otros, los filósofos Gadamer (1997, 1999) y Ricoeur (2000, 2008, 2010), ambos asentados en la línea de investigación de la hermenéutica filosófica. Cada uno por su vía ha formulado una tesis muy relevante que ha marcado el devenir de las ciencias sociales en el siglo XX. Nos referimos a una Hermenéutica Ontológica que, a grandes rasgos, plantea que solo nos movemos en un horizonte móvil de interpretaciones y que estas, a su vez, están mediadas o intervenidas por una historia de efectos que nos va definiendo de modo parcial y cambiante. El propio Gadamer lo puntualiza así: "Ser histórico quiere decir no agotarse nunca en el saberse" (Gadamer 1999:372). Aquello quiere decir que la comprensión es en sí misma historicidad. Esta situación es trascendental, porque, a fin de explicitarlo, y a diferencia del idealismo ilustrado, lo que comprendemos es, en el fondo, pre-comprensión. Es decir, antes del juicio está el pre-juicio, no como valor negativo sino como interpretación ya dada o preconcebida en su devenir histórico-cultural. Esto que parece ser un problema filosófico complejo, afecta directamente la relación de la geografía con el espacio.

Cerremos el primer concepto entonces. El tiempo ya no es algo ajeno que uno ve pasar como un observador puede ver una caravana de caballos a lo lejos en la pradera. El observador es a su vez temporalidad, es memoria adquirida y comprende mediado, influenciado por esa memoria que es tan de carácter "cultural" como de estructura móvil e híbrida. La geografía, como hemos dicho, no ha estado ajena a estos nuevos planteamientos, ya que obviamente supone una nueva relación sujeto-objeto, no a favor del sujeto –aquel que denominaríamos subjetivismo– y que podría surgir con fuerza frente al objetivismo con que la ciencia clásica se ha formulado a sí misma. El asunto es más complejo, ya que sujeto y objeto no parecieran estar separados sino en forma ontológica conectados. Desde allí algunas proposiciones en torno a mirar procesos más que sujeto u objeto.

Un segundo elemento clave es la noción de lenguaje. Con ello es nuestro interés resaltar el valor que el lenguaje puede llegar a presentar para los estudios geográficos. Por tanto, en el marco y

espacio que esta investigación nos da, abordaremos brevemente la relación lenguaje-espacialidad.

Tal como la temporalidad, el lenguaje también sufre un cambio de sentido, de perspectiva con el paso del siglo XIX al XX. Para la Ilustración, y lo que es comúnmente aceptado, el lenguaje era un instrumento, una herramienta que es utilizada para explicar una situación “dada”. En otras palabras, el lenguaje expresa lo que ya hemos propuesto en la “mente”, de manera que primero desarrollamos el proceso de pensamiento (conciencia) y después, mediante el lenguaje, lo expresamos para que los demás lo entiendan. Esta lógica decimonónica fue la postura central de la ciencia en su sentido tradicional. Es decir, una mente “vacía” que permitía observar al objeto y describirlo por un mecanismo llamado lenguaje. Sin embargo, si nos posicionamos hacia una hermenéutica de los territorios⁵ que pueda comenzar a abrir un camino en torno a una geografía hermenéutica, deberemos acordar que el asunto es al revés, esto es, primero está el lenguaje y después la interpretación. En otras palabras, el lenguaje no vendría a ser lo expresado sino lo que nos expresa. Esto conlleva una situación de fondo y es que el lenguaje es, por tanto, experiencia del mundo (Gadamer 1999:526). Así como nuestra conciencia no es a-histórica, tampoco es a-lingüística. El lenguaje, en definitiva, es representarse (Gadamer 1999:581).

Para decirlo de otro modo: cuando un niño aprende una palabra -“agua”, “cielo”- no asume un instrumento o un mecanismo, asume una concepción, una visión, un sentido, una representación del mundo. El lenguaje es, por tanto, una preestructura del conocimiento, a partir de la cual interpretamos, es decir, interpretamos cargados de lenguaje-representación. De una u otra forma, “nosotros ya pertenecemos a la cosa que nos es transmitida”. Como dice Heidegger (1997 [1927]): “El lenguaje es la casa del ser”. Maturana ha denominado a esta situación “lenguajear”, apuntando en una dirección similar:

Lo que en la vida cotidiana distinguimos como razonar es la proposición de argumentos que construimos al concatenar las palabras y las nociones que los componen según sus significados como modos operacionales del dominio particular de coordinaciones conductuales consensuales a que pertenecen. Por esto, lo que un

observador hace al hablar de la lógica de razonar como un fenómeno universal es, de hecho, distinguir las regularidades operacionales constitutivas del operar en el lenguaje (o lenguajear) (Maturana 2009:22).

Aquello es, en definitiva, relevante para la comprensión de la espacialidad. Cuando decimos “cuenca” o “montaña” o “Patagonia” no estamos expresando solo una palabra, estamos enunciando un sentido, un valor, una forma, una manera de ser de la espacialidad, un consenso. Y claro, podría, sin duda, ser otro. En 1880, por ejemplo, ante la posibilidad de un viaje a la Patagonia, un grupo cercano al viajero expresaba: “¡Patagonia! ¿Quién pensaría jamás en ir a un lugar así? Serás devorada por los caníbales. ¿Por qué razón escoge un lugar tan apartado del mundo para ir? ¿Cuál puede ser el atractivo?” (Dixie 1996:17). En otras palabras, el concepto Patagonia evocaba lejanía, irracionalidad, riesgo, ocaso, destierro, crepúsculo, soledad e inseguridad. ¿Al decir hoy la palabra Patagonia alguien podría exclamar ese sentido? Claro que no, porque cuando hoy decimos “Patagonia” se dialoga socialmente una proyección de vitalidad, pureza, refugio, reserva de vida, entre otras posibilidades⁶.

Nos interesa, por tanto, fijar la atención de una geografía anclada en el lenguaje. Este, como vimos, es temporalidad y en sí es por tanto visualizado desde su historicidad, desde una tradición que le da un sentido, entre otros posibles, que monopoliza el lenguaje y que, por tanto, es aceptado socialmente. La espacialidad, por tanto, se torna lenguaje que es en sí materia discursiva, narración temporal, cuya finitud llevará a que nuevas valorizaciones surjan y se posicione en forma social. Desde esta perspectiva, el espacio se vuelve un texto social y el territorio su lectura o interpretación. Esta plataforma nos liga directamente con el último concepto que nos interesa resaltar acá a fin de fijar ciertas bases que colaboren a definir una nueva racionalidad para la geografía: la idea de cultura.

Este concepto en principio fue usado –aún hoy de modo popular– como lenguaje de la modernidad, esto es, como mito de una cultura verdadera, cuyos pilares eran racionales, civilizados y occidentales. De este modo, en esto no decimos nada nuevo, la cultura era una y unívoca y era parte del discurso occidental de una historia unitaria basada en los valores y perspectivas europeo-occidentales. Es

decir, cultura era ser culto, era pertenecer a la corriente ya mencionada de Progreso e Historia (con mayúscula), todo ello formaba parte de lo que Wallerstein (2004) ha denominado “la colonialidad del poder/saber/ser”.

Este lenguaje discursivo, lo sabemos ahora, cambió con el tiempo, especialmente con el aporte fundamental de la antropología. Así, Geertz (2000), antes tal vez Levi Strauss (1998), reenfocaron el problema en torno al imaginario cultural. Cultura ya no fue una colonialidad, ya no fue un dominio, se transformó más bien en un asunto plural: culturas y estas como resultados de acuerdos simbólicos. Nos ha dicho Geertz:

El concepto de cultura al cual me adhiero denota una norma de significados transmitidos históricamente, personificados en símbolos, un sistema de concepciones heredadas expresadas en formas simbólicas por medio de las cuales los hombres se comunican, perpetúan y desarrollan su conocimiento de la vida y sus actitudes con respecto a esta (Geertz 2000:88).

De este modo, el occidental, el oriental, el indígena (la lista es innumerable) está inserto en tradiciones de significación que él mismo ha hilvanado, por lo que comprender una cultura –y con ello una espacialidad– es buscar interpretaciones de aquellas significaciones (Geertz 2000:24). Mientras una cultura comprenderá una espacialidad de determinada forma, otra, frente al mismo cuerpo físico (una montaña, por ejemplo) desarrollará una narrativa de diferente índole, con otros énfasis y otros simbolismos. La idea del enfoque cultural que impregna la concepción del espacio afirma esta visión (Claval 2002).

Anclados a esta base teórica y conceptual, podemos decir que la espacialidad y sus sentidos dependerán de la proyección cultural con que se formule. El notable geógrafo de origen chino Yi Fu Tuan lo expresa del siguiente modo:

Para comprender las preferencias de un individuo con respecto a su entorno, deberíamos examinar su herencia biológica, la forma en que ha sido criado, su educación, su trabajo, su medio material. Y en lo que se refiere a las actitudes y preferencias de un grupo, se hará necesario conocer la historia

cultural de ese grupo y su experiencia en el contexto de su ambiente natural (Tuan 2007:87).

En la antropología en tanto, el territorio entendido como la apropiación del espacio por aspectos simbólicos y de significación ha permitido ampliar la discusión a categorías como naturaleza, sociedad o cultura (Barabas 2010; Bello 2011; Claval 2002; Descola 2005). Así, en definitiva, en la investigación social será necesario contextualizar el discurso de la espacialidad, esto es, no obviar su condición de textualidad. La cultura, como noción simbólica de la vida, por ende del espacio, permite enmarcar e influir de manera relevante en la percepción del espacio y en el cómo lo comprendo, cómo lo leo, en definitiva, cómo me desenvuelvo en él.

En las páginas precedentes hemos trabajado tres elementos que en sus cambiantes procesos de significación inciden directamente en la forma con que la geografía puede concebir el espacio, desmarcándonos de las pretensiones de científicidad clásica con que se trabaja el objeto. ¿Qué quiere decir entonces “el espacio como texto”? La respuesta arrastra los tres elementos trabajados. El espacio como texto expresa que la espacialidad es histórica, esto es, que está inserta en una historicidad inherente y está mediada por un lenguaje de índole socio-cultural cuya significación es móvil y cambiante.

Hemos hablado, a su vez, de una hermenéutica de los territorios, que conlleva una nueva racionalidad para la geografía a partir de una relación interpretativa de la sociedad con el espacio⁷ y con ello hemos buscado expresar que la relación objeto-sujeto es indisoluble en tanto el sujeto influye en el objeto tanto como el objeto determina al sujeto. Dicho en otras palabras, el intérprete (sujeto) se acerca al texto (objeto) desde una memoria cultural, “como eslabón de una historia de transmisión de sentido” (Caballero 2010:321).

Estamos en una línea de análisis donde la discursividad, el lenguaje sociocultural forma parte de una historicidad cuya base no es más que una imaginación temporal, parcial, donde como ha dicho García Canclini, “lo real, lo objetivo, lo observable es menos significativo” (García Canclini en Lindón 2007:99). Allí donde vemos una certeza o una materialidad, en definitiva no vendría a ser más que un sentido o valor de lo que ha sido una producción o fabricación sociocultural del sentido, una referencia discursiva, una representación que

solo se torna verdadera en tanto acuerdo social. Una palabra o concepto resume, creemos, de buena forma esta perspectiva de análisis y viene dada por Tuan (2007). Ella es “visión de mundo o cosmovisión”, que no es más que la experiencia conceptualizada, cuya base es en su mayor parte social: “Es una actitud y un sistema de creencias, en donde la palabra sistema supone que las actitudes y las creencias están estructuradas, por más que sus conexiones puedan parecer arbitrarias desde un punto de vista impersonal u objetivo” (Tuan 2007:13).

El concepto de cosmovisión posee una amplia tradición en las ciencias sociales, parte de cuyos cimientos más relevantes han salido del ámbito de la filosofía y la antropología. Desde la filosofía, cosmovisión se visualiza en un estrecho vínculo con otro concepto esencial desde nuestro punto de vista, al que ya hemos hecho alusión. Nos referimos a la hermenéutica. En efecto, ya en el siglo XIX con el inicio de la crítica al idealismo, el concepto de cosmovisión deriva en una relación cada vez más estrecha entre ser y tiempo, combinación que, como dijimos, Heidegger se encargará de hacer visible. Así, cosmovisión nos remite a un paradigma que va configurando –y estrechando– los vínculos del hombre con su espacio. Desde esta perspectiva, el espacio es el resultado de una “visión de mundo” de aquel espacio, con toda la carga simbólica y social que ella conlleva. En cierto modo, cosmovisión, en filosofía, se acopla con otros términos que encauzan similares lógicas: los de episteme, muy valorizado a partir de Foucault (2012), y de paradigma, popularizado desde la obra de Kuhn (1986 [1962]).

En antropología el concepto es, sin duda, vital y está muy vinculado al de cultura, en particular cuando cultura dejó de concebirse de modo monopólicamente occidental. En tal sentido, ha sido también Geertz uno de los autores que mayor énfasis le ha dado al concepto, porque por él es posible arribar a “las tramas de significación que el propio hombre ha tejido...” (Geertz 2000:20). Desde aquella plataforma, el vínculo entre geografía y antropología no parece ser inocuo. Por el contrario, como exponemos acá, las fronteras del discurso geográfico imponen una zona de gran movilidad y porosidad, de intercambio y de diálogo, porque desde la geografía, tomando las palabras de Geertz, es factible “desentrañar las estructuras de significación” que las sociedades se han dado del espacio (Geertz 2000:24)⁸.

Algunos ejemplos para comprender mejor el asunto formulado en los párrafos precedentes desde una perspectiva más conceptual. El primero se vincula a la cordillera de los Andes, cuya espacialidad actualmente está dominada por la imagen de una barrera, línea o raya cuya omnipresencia natural sirve para separar dos naciones: la chilena y la argentina. La escala de esta representación, como puede verse, es de nivel nacional. Aquella fuerza natural, tan familiar y evidente a nuestros ojos, sin embargo, no siempre fue así. La cordillera fue –y lo sigue siendo– testigo de una serie de intercambios, conflictos, circulaciones o vínculos de un lado y otro que la proyectó más que como barrera como escenario en el que se desenvolvieron aquellas relaciones sociales y culturales. De este modo, se observa un proceso, impulsado por los Estados nacionales y muy concerniente con el tiempo de la racionalización territorial de los siglos XVIII y XIX, que llevó a que se constituyera una imagen colectiva u horizonte interpretativo de la cordillera, por ende de la frontera: un macizo nevado de gran elevación que es naturalizado para separar dos naciones. O sea, una muralla impenetrable, un “biombo”. En definitiva, los Andes desde una fabricación de sentido se ha “fronterizado” desde fines del siglo XIX y principios del XX, lenguaje que monopoliza nuestra primera vista y modo de concebirla (Núñez 2013a, 2013b).

Aquel imaginario geográfico surge, como se dijo, desde una radical historicidad, en un proceso donde determinados dispositivos, herramientas o estrategias juegan un rol para proyectar una *cosmovisión* de los Andes, interpretación que resulta dominante. A la necesidad de una historia nacional que la difunda como ícono de un *paisaje patrio*, de modo de arraigar o afianzar la mirada en una cordillera simbólica del tipo barrera ya indicado, se suma una constante labor en la actualización de aquel discurso social del espacio de la montaña, presentando aún una notoria solidez en su trama discursiva. Como ha expresado Paulsen (2013), el imaginario geográfico de los Andes homologado a una frontera, persiste como memoria social casi sin alteraciones. El trabajo de Paulsen da cuenta precisamente del modo en que los textos de estudio de geografía actúan como dispositivos de invisibilización de la cordillera de los Andes como sujeto cultural fijando la mirada solo en su aspecto físico y en su rol de frontera y barrera o “biombo”. Señala Paulsen:

La educación formal es considerada una importante instancia de comprensión y conocimiento territorial que debería expresarse en la ocupación, valorización y pertenencia que los sujetos experimentan respecto al entorno... la cordillera de Los Andes, desde los orígenes de la República y los fundamentos de la constitución de la identidad chilena, es percibida como un espacio desértico e inhabitable, en consecuencia, despoblado. Sostenemos que una de las causas que ha incidido en la marginación histórica de este dominio morfoestructural se encuentra en cómo, desde la educación, se la ha descrito y definido (Paulsen 2013:41).

Y agrega:

La sociedad chilena se ha enjaulado territorialmente al conceptualizar a la cordillera como un relieve que provee recursos, pero que aísla. Las relaciones ser humano-colectividad-medio geográfico están condicionadas por el saber espacial que la sociedad adquiere de los territorios que puebla. En un siglo, a nivel de conocimientos que hemos podido determinar se suscribe a lo descriptivo, a considerar el relieve cordillerano como un objeto y no como un sujeto... (Paulsen 2013:62).

Sin embargo, al explorar el trabajo de Bello (2011) sobre el viaje de los mapuches y la cordillera en La Araucanía, es posible observar un interesante contraste desde los testimonios y la experiencia del territorio. Desde aquella plataforma observamos un territorio que no solo incluye la propia Araucanía sino, esencialmente y en relación, las pampas, al este de los Andes: “Esta constatación obliga a abandonar o, al menos, a relativizar el concepto de *frontera* tan utilizado en la historiografía chilena y argentina reciente. El estudio de la territorialidad indígena en La Araucanía y las pampas demuestra que el concepto de frontera es estático, ahistórico y centralista, que nada más acepta la definición de un solo sujeto social, la de los *civilizados*, y desde un tipo de organización socioterritorial y político, el Estado-nación” (Bello 2011:45).

Un segundo ejemplo lo podemos encontrar en los humedales de la ciudad de Concepción. Estas

zonas, conocidas hasta hace poco como “pantanos” representaban por lo mismo el ícono de lo salvaje y aquello que resultaba necesario civilizar. Esto lleva a que una importante cantidad de acciones desde los años cincuenta y hasta ahora hayan incluido el relleno de estas zonas y su urbanización. Sin embargo, desde mediados de los años ochenta y con la irrupción de las ideas y nociones ambientales, estas zonas de marismas pasan a ser reconocidas como “humedales”. Allí donde antes se encontraba el pantano lleno de bichos, hoy reconocemos la existencia de un humedal rico en biodiversidad (Aliste 2012; Aliste y Musset 2014). Aquí, una tan notoria como interesante transformación que ocurre en el modo en que es socialmente valorado el entorno y paisaje, sin que medien transformaciones de orden físico natural.

Un tercer aspecto colabora a ilustrar nuestro planteamiento y se refiere a la noción de aislamiento, cuyo valor negativo, para el caso chileno al menos, ha estado mediado por aquella discursividad nacionalista que surge con el Estado-nación y que propugna que el territorio debe ser unificado e integrado⁹. Así, lo integrado es Progreso, Historia y Nación y, por el contrario, lo no integrado es una espacialidad ahistórica, atrasada y en los márgenes de la nación. En el caso de la región de Aysén esto ha quedado muy en evidencia y ha servido de máscara para justificar algunos proyectos resistidos por la comunidad (Arenas et al. 2011). Así, por ejemplo, desde el centro político se ha insistido en la necesidad de terminar con el aislamiento físico, aun cuando un porcentaje sustancial de los habitantes de valles aislados en la región de Aysén, de acuerdo con una reciente investigación, “no se sienten ni perciben aislados” y que, según ellos, “los aislados” serían los habitantes de las ciudades y del resto del país (Arenas et al. 2011). Incluso van más allá cuando manifiestan que su “aislamiento” es político en tanto no pueden tomar decisiones ni afectarlas. De esta forma, la espacialidad “Aysén” es definida en un marco social y cultural que tiene que ver con los imaginarios geográficos de la nación, específicamente de la nación bajo una lógica centro-periferia¹⁰.

Finalmente, los mapas resultan una buena excusa para encauzar la temática y en ello Harley realiza un aporte sustancial:

Un mapa es una construcción social del mundo expresada por medio de la

cartografía. Lejos de fungir como una simple imagen de la naturaleza que puede ser verdadera o falsa, los mapas redescubren el mundo, al igual que cualquier otro documento, en términos de relaciones y prácticas de poder, preferencias y prioridades culturales (Harley 2005:61).

Como los mapas, el sentido o cosmovisión que cada cultura, cada sociedad le otorga a la espacialidad, se transforma en un texto que puede ser leído desde su representación temporal, esto es, finita. De este modo, la tierra no es un solo libro sino “textualidades” múltiples que híbridamente se cruzan, confunden y se reflejan como un espejo.

En resumen, en una racionalidad geográfica de tipo hermenéutica, como la que propiciamos acá, pareciera que los imaginarios, los discursos, las narrativas territoriales son esenciales y que la identificación de la producción del significado del espacio es lo clave, en especial si consideramos que aquello, en definitiva, constituye memoria. Aquí surge desde nuestro punto de vista un asunto central, que solo dejamos formulado: ¿A quién le pertenece

aquella memoria? ¿Quién o cómo se naturaliza el espacio, quedando la sensación que hubiese sido desde siempre igual? ¿Cómo y bajo qué mecanismos y estrategias se monopoliza el discurso geográfico desde lógicas de poder? ¿Cómo leer las narrativas que acompañan las representaciones y discursos que crean territorios?

Por cierto, estas preguntas resultan muy importantes en una geografía que, como hemos venido reflexionando, no es ajena de una producción de su propio sentido, de su propia significación y que por ello debe entenderse como una ciencia social y humana.

Agradecimientos: Los autores agradecen el apoyo de CONICYT mediante los proyectos FONDECYT Regular N° 1120306 y N° 1141169. Ambos proyectos comparten el interés por el estudio de una geografía anclada en los procesos discursivos y en los marcos sociales en que surgen diversas espacialidades. Los autores agradecen también a los evaluadores del presente artículo, pues con sus valiosos comentarios y sugerencias permitieron un texto más fluido.

Referencias Citadas

Albert, F. 1907. *Plan Jeneral para el Cultivo de Bosques*. Imprenta Cervantes, Santiago.

Aliste, E. 2012. El discurso del desarrollo y sus efectos ambientales en Chile: prácticas espaciales y transformaciones territoriales en el área metropolitana de Concepción, 1950-2010. *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales* XVI:40.

Aliste, E. y A. Musset 2014. Pensar los territorios del desarrollo: sustentabilidad y acción pública en nombre de una ciudad imaginaria. Concepción (Chile), 1950-2010. *EURE* 40:91-110.

Almeyda Arroyo, E. 1955. *Geografía de Chile*. Imprenta Talleres Casa Nacional del Niño, Santiago.

Arenas, F. y A. Núñez 2013. La geografía económica de Chile: el estudio y conocimiento del territorio como sustento para la reconstrucción y fomento de la producción del país. Introducción a reedición *Geografía Económica de Chile, Tomo II*. Ediciones Biblioteca Nacional, Centro Diego Barros Arana, Universidad Católica de Chile y Cámara Chilena de la Construcción. Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile, Santiago.

Arenas, F., A. Salazar y A. Núñez 2011. *El Aislamiento Geográfico ¿Problema u Oportunidad? Experiencias, Interpretaciones y Políticas Públicas*. Geolibros, Ediciones Instituto de Geografía, Universidad Católica de Chile, Santiago.

Arnold, D. 2000. *La Naturaleza como Problema Histórico. El Medio, la Cultura y la Expansión de Europa*. Fondo de Cultura Económica, México D.F.

Barabas, A. 2010. El pensamiento sobre el territorio en las culturas indígenas de México. *Avá Revista de Antropología* 17:11-22.

Baraona, R., X. Aranda y R. Santana 1961. *Valle de Putaendo. Estudio de Estructura Agraria*. Instituto de Geografía de la Universidad de Chile, Santiago.

Bebbington, A. 2012. *Social Conflict, Economic Development and Extractive Industry. Evidence from South America*. Routledge, London.

Bello, A. 2011a. Espacio y territorio en perspectiva antropológica. El caso de los purhépechas de Nurío y Michoacán en México. *Revista CUHSD* 21:41-60.

Bello, A. 2011b. *Nampüllkafe. El Viaje de los Mapuches de La Araucanía a las Pampas Argentinas. Territorio, Política y Cultura en los Siglos XIX y XX*. Universidad Católica de Temuco, Temuco.

Berque, A. 1987. *Écoumène. Introduction à l'étude des Milieux Humain*. Belin, Paris.

Bloch, M. 1996 [1949]. *Apología para la Historia o el Oficio de Historiador*. Fondo de Cultura Económica, México D.F.

Braudel, F. 1985. *La Mediterránea. L'espace et l'histoire*. Flammarion, Paris.

Caballero, J. 2010. Un episodio de la historia de la hermenéutica: el Tableau de géographie de la France. En *Lenguajes y Visiones*

del paisaje y el Territorio, editado por N. Ortega, J. García y M. Mollá, pp. 319-326. Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid, Madrid.

Chávez, M., O. González y M. Ventura (eds.) 2009. *Geografía Humana y Ciencias Sociales: Una Relación Reexaminada*. El Colegio de Michoacán, México.

Claval, P. 2002. El enfoque cultural y las concepciones geográficas del espacio. *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles* 34:21-39.

CORFO 1967. *Geografía Económica de Chile: Texto Refundido*. Corporación de Fomento de la Producción, Santiago.

Descola, P. 2005. *Par-delà Nature et Culture*. Gallimard, Paris.

Di Méo, G. 1998. *Géographie Sociale et Territoires*. Nathan, Paris.

Di Méo, G. 1999. Géographies tranquilles du quotidien. Une analyse de la contribution des sciences sociales et de la géographie à l'étude des pratiques spatiales. *Cahiers de Géographie du Québec* 43 (118):75-93.

Dixie, F. 1996. *A través de la Patagonia*. Ediciones de la Universidad de Magallanes, Punta Arenas.

Domeyko, I. 1846. *Araucanía i sus Habitantes*. Imprenta Chilena, Santiago.

Durkheim, E. 2000 [1897]. *Las reglas del Método Sociológico y otros Escritos*. Alianza, Madrid.

Escobar, A. 2008. *Territories of Difference. Place, Movements, Life, Redes*. Duke University Press, Durham.

Febvre, L. 1970 [1922]. *La Terre et l'évolution Humaine: Introduction Géographique à l'histoire*. Albin Michel, Paris.

Foucault, M. 1968. *Las Palabras y las Cosas. Una Arqueología de las Ciencias Humanas*. Siglo XXI, México D.F.

Foucault, M. 2012. *Lecciones sobre la Voluntad de Saber*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

Foucault, M. 1999 [1964]. El Lenguaje del Espacio. En *Obras Esenciales*, editado por M. Foucault, pp. 231-235. Paidós, Barcelona.

Foucault, M. 1999 [1984]. Espacios Diferentes. En *Obras Esenciales*, editado por M. Foucault, pp. 1059-1067. Paidós, Barcelona.

Frémont, A. 1976. *La Région, Espace Vécu*. PUF, Paris.

Gadamer, H-G. 1997. *Mito y Razón*. Paidós Studio, Barcelona.

Gadamer, H-G. 1999. *Verdad y Método*. Ediciones Sígueme, Madrid.

García-Canclini, N. 1997. *Imaginarios Urbanos*. Editorial Universitaria de Buenos Aires, EUDEBA, Buenos Aires.

Gay, C. 1854. *Atlas de la Historia Física y Política de Chile*. Éditions Thunet, Paris.

Geertz, C. 2000. *La Interpretación de las Culturas*. Gedisa, Barcelona.

Grondin, J. 2008. ¿Qué es la Hermenéutica? Herder Editorial, Barcelona.

Halbwachs, M. 1997 [1950]. *La Mémoire Collective*. Édition Critique Etabli par Gérard Namer. Albin Mitchel, Paris.

Harley, J.B. 2005. *La Nueva Naturaleza de los Mapas*. Fondo de Cultura Económica, México D.F.

Heidegger, M. 1997 [1927]. *Ser y Tiempo*. Editorial Universitaria, Santiago.

Ingold, T. 2000. *The Perception of the Environment: Essays on Livelihood, Dwelling and Skill*. Routledge, London.

Kuhn, T.S. 1986 [1962]. *La Estructura de las Revoluciones Científicas*. Fondo de Cultura Económica, México D.F.

Lascoumes, P. 1994. *L'écopouvoir. Environnements et Politiques*. Éditions La Découverte, Paris.

Latour, B. 1999. *Politiques de la Nature. Comment Faire entrer les Sciences en Démocratie*. Éditions La Découverte, Paris.

Latour, B. 2008. *Reensamblar lo Social: una Introducción a la Teoría del Actor-red*. Manantial, Buenos Aires.

Lefèvre, M.A. 1929. Le congrès International de Géographie (1928). *Annales d'histoire Economique et Sociale* 1:73-75.

Leff, E. 1986. *Los Problemas del Conocimiento y la Perspectiva Ambiental del Desarrollo*. Siglo XXI Editores, México D.F.

Levi-Strauss, C. 1998. *Mirar, Escuchar, Leer*. Siruela, Madrid.

Lindón, A. 2007. ¿Qué son los imaginarios y cómo actúan en las ciudades? Diálogo con Néstor García Canclini. *EURE* 33:89-99.

Márquez, F. 2013. De territorios, fronteras e inmigrantes: representaciones translocales en La Chimba, Santiago de Chile. *Chungara Revista de Antropología Chilena* 45:321-332.

Maturana, H. 2009. *La Realidad: ¿Objetiva o Construida? Fundamentos Biológicos de la Realidad*. Anthropos, México D.F.

Meadows, D., D. Meadows, J. Randers y W. Behrens 1972. *The Limits to Growth: A Report for the Club of Rome's Project on the Predicament of Mankind*. New American Library, New York.

Morin, E. 1994. *Introducción al Pensamiento Complejo*. Gedisa, Barcelona.

Nogué, J. y A. Albet 2004. Cartografía de los cambios sociales y culturales. En *Geografía Humana*, coordinado por J. Romero, pp. 173-220. Ariel, Barcelona.

Núñez, A. 2012. El País de las Cuenca: fronteras en movimiento e imaginarios territoriales en la construcción de la nación. Chile, siglos XIX y XX. *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales* XVI:15.

Núñez, A. 2013. La frontera no deja ver la montaña: invisibilización de la cordillera de Los Andes en la Norpatagonia chileno-argentina. *Revista de Geografía Norte Grande* 55:89-108.

Núñez, A., R. Sánchez y F. Arenas 2013 (eds.). *Fronteras en Movimiento e Imaginarios Geográficos. La Cordillera de Los Andes como Espacialidad Sociocultural*. RIL Editores y Ediciones de la Pontificia Universidad Católica de Chile, Serie Geolibros, Santiago.

Paulsen, A. 2013. Textos de estudio: dispositivos de invisibilización de la cordillera de Los Andes como sujeto cultural. En *Fronteras en Movimiento e Imaginarios Geográficos. La Cordillera de Los Andes como Espacialidad Sociocultural*, editado por A. Núñez, R. Sánchez y F. Arenas, pp. 41-66. RIL Editores y Ediciones de la Pontificia Universidad Católica de Chile, Serie Geolibros, Santiago.

Paulson, S. y L. Gezon (eds.) 2005. *Political Ecology across Spaces, Scales, and Social Groups*. Rutgers University Press, New Brunswick.

Peet, R., P. Robbins y M. Watts (eds.) 2011. *Global Political Ecology*. Routledge, London.

Philippi, R. 1860. *Viage al Desierto de Atacama*. Librería de Eduardo Anton, Sajonia.

Pissis, A. 1875. *Geografía Física de la República de Chile*. Instituto Geográfico de Paris, Paris.

Porto-Gonçalves, C. 2001. *Geo-grafías. Movimientos Sociales, Nuevas Territorialidades y Sustentabilidad*. Siglo XXI, Buenos Aires.

Redcliff, M. y G. Woodgate 2002. *Sociología del Medioambiente*. McGraw-Hill, Madrid.

Ricoeur, P. 2000. Narratividad, fenomenología y hermenéutica. *Revista Anàlisi. Quaderns de Comunicació i Cultura* 25:189-207.

Ricoeur, P. 2008. *Hermenéutica y Acción*. Prometeo, Buenos Aires.

Ricoeur, P. 2010. *La Memoria, la Historia y el Olvido*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

Robbins, P. 2004. *Political Ecology. A Critical Introductions to Geography*. Blackwell Publishing, Oxford.

Rodríguez, J.C. y P. Medina 2011. Reconversion, daño y abandono en la ciudad de Lota. *Atenea* 504:147-176.

Sanhueza, C. 2012. El objetivo del Instituto Pedagógico no es el de formar geógrafos. Hans Steffen y la transferencia del saber geográfico alemán a Chile. 1893-1907. *Historia I* 45:171-197.

Santis, H. y M. Gangas 1981. Notas para la historia de la geografía contemporánea en Chile (1950-1980). *Revista de Geografía Norte Grande* 16-17:5-21.

Santos, M. 2002. *A Natureza do Espaço. Técnica e Tempo, Razão e Emoção*. Edusp, São Paulo.

Segaud, M. 2007. *Anthropologie de l'espace. Habiter, Fonder, Distribuer, Transformer*. Armand Colin, Paris.

Skewes, J.C., M.E. Solari, D. Guerra y D. Jalabert 2012. Los paisajes del agua: naturaleza e identidad en la cuenca del río Valdivia. *Chungara Revista de Antropología Chilena* 44:299-312.

Soja, E. 1989. *Postmodern Geographies. The Reassertion of Space in Critical Social Theory*. Verso, London.

Ther, F. 2012. Antropología del territorio. *Revista Polis* 11:493-510.

Tuan, Yi-Fu. 2007. *Topofilia*. Mesulina, Tenerife.

Vergara, N. 2009. Complejidad, espacio, tiempo e interpretación (Notas para una hermenéutica del territorio). *Alpha* 28:233-244.

Vidal de la Blache, P. 1892. Récents travaux sur la géographie de la France. *Annales de Géographie* 1:32-52.

Vietta, S. 2004. *Hans-Georg Gadamer. Hermenéutica de la Modernidad. Conversaciones con Silvio Vietta*. Trotta, Madrid.

Wallerstein, I. 2004. *Las Incertidumbres del Saber*. Gedisa, Barcelona.

Zimmerer, K. 1994. Human geography and the “New Ecology”: The prospect and promise of integration. *Annals of the Association of American Geographers* 84:108-125.

Notas

¹ Un reciente artículo da cuenta de manera elocuente la discusión sobre si la geografía es una ciencia natural o humana, enfrentando los estilos o escuelas alemanas y francesas y la influencia de ellas en la ciencia geográfica que se desarrolla en Chile durante el siglo XX. De esta forma, es fácil observar en el texto cómo se va organizando el saber geográfico en Chile y, por tanto, cuáles son las bases culturales que lo sustentan como representación o discurso sociocultural (Sanhueza 2012).

² Ampliamente reconocidos en el ámbito sociológico e histórico son los aportes del geógrafo y académico del Instituto de Geografía de la Pontificia Universidad Católica, Dr. Rodrigo Hidalgo, al estudio de la vivienda social durante el siglo XX e inicios del siglo XXI en Chile.

³ Resultaría difícil hacer un listado de las referencias pertinentes en este ámbito, en donde existe una extensa producción de conocimientos que pone de manifiesto la relación espacial de la geografía con la antropología, pero trabajos como los de Ingold (2000), Descola (2005), Berque (1987), Arnold (2000), Segaud (2007) y en Chile los de Ther (2012), Bello (2011), Skewes et al. (2012), Márquez (2013), Rodríguez y Medina (2011), por señalar algunos, son un buen ejemplo de esta fructífera alianza que ha abierto un horizonte de reflexión que apoya la comprensión de importantes procesos socioambientales en pleno desarrollo.

⁴ “Escuela de Santiago” es la denominación con que encontramos múltiples referencias en la literatura científica internacional en alusión a los aportes de Maturana y Varela.

⁵ Para hablar de esta hermenéutica de los territorios, se ha tomado como base la discusión y reflexión llevada de la mano de Hans-Georg Gadamer en torno a la idea de que “comprender es siempre una forma de apropiación” (Vietta 2004:18), así como del mismo modo, respecto de la noción de que “el lenguaje está siempre allí donde unos hombres se relacionan con otros. Las palabras siempre son respuestas, incluso cuando son preguntas” (Gadamer 1997:79) y que “la comprensión se realiza a partir de ciertas expectativas y puntos de vista que ella hereda del pasado y de su presente (Grondin 2008:79). Más allá del sentido retórico (y cuya acepción peyorativa o a modo de reproche Gadamer critica fervientemente), comprensión, lenguaje e interpretación son elementos claves en el modo de entender un espacio y una “espacialidad” que va de la mano de sus contextos históricos, sociales, políticos, culturales, económicos, etc. De allí emerge la posibilidad de una lectura posible sobre los procesos que conllevan las dinámicas espaciales para la construcción y articulación de territorios. Por su parte, Vergara (2009) señala la necesidad de asimilar la condición de la complejidad que implica el recoger los datos de la realidad que se tiende a simplificar erróneamente cuando se habla de territorios que requieren en esencial ser interpretados y

de la mano de un determinado sentido (Ricoeur 2010). En definitiva, como se señala en el párrafo que da origen a esta nota, la hermenéutica de los territorios se puede leer como una relación interpretativa de la sociedad con el espacio que logra conformar, como respuesta, territorios que pueden ser múltiples y muchas veces coexistiendo en el mismo espacio.

⁶ Un muy buen ejemplo contingente referido a este tema es lo sucedido en torno al proyecto Hidroaysén y sus argumentos para oponerse a él. Se trata de un proyecto hidroeléctrico de gran envergadura propuesto desarrollar en la región de Aysén en la Patagonia chilena, en donde por un lado se busca aprovechar el gran potencial hidroeléctrico de la cuenca del río Baker y, por otro, se argumenta la necesidad de proteger este lugar con características naturales excepcionales y cuya belleza y valor se deben cautelar con visión de futuro.

⁷ La noción de espacio se entiende según la propuesta de Di Méo (1998) en cuanto a conceptualizarlo como una dimensión tetravalente, pues habría por lo menos cuatro dimensiones bajo las que es posible aproximarse a ella: la kantiana, que corresponde al plano de las ideas preconcebidas a modo estrictamente conceptual; la dimensión funcional o de las relaciones que mantienen las formas sobre la superficie; el espacio geográfico, que contiene los fenómenos físico-naturales y sociales, propios de las descripciones de los hechos y accidentes en él presentes; y finalmente, un espacio vivido, que corresponde a aquél que contiene la experiencia de vida, lo en él acontecido y que corresponde a la memoria individual y colectiva. Asimismo, es interesante recoger el sentido dado por Santos (2002) respecto de entender el espacio como noción dinámica que más allá de mero contenedor de los fenómenos sociales, constituye en sí mismo la esencia de un fenómeno social y cultural. Soja (1989), por su parte, critica que la asunción de la condición estática del espacio haya llevado a que una parte importante de los conflictos y tensiones del siglo XX hayan encontrado su explicación en la ausencia de una concepción espacial más allá de lo estático y se haya privilegiado, desde las ciencias sociales, solamente la concepción dinámica del tiempo. En síntesis, se puede señalar que el concepto de espacio, en su acepción pertinente para las ciencias sociales aquí discutidas,

puede entenderse como la condición que permite releer o resignificar los procesos que social y culturalmente permiten contextualizar los procesos de la sociedad, modificando y redefiniendo a su vez el marco contextual en que estos procesos tienen lugar geográficamente.

⁸ Un concepto de gran potencial y que ha colaborado activamente en tender un sólido puente entre la antropología y la geografía ha sido el concepto “paisaje”. Al respecto, muy buenos ejemplos solo por señalar algunos, son los trabajos de Ingold (2000), Descola (2005) y Berque (1987).

⁹ Se propone entender el territorio en tanto expresión de una apropiación ideológica, económica, política y social del espacio (Di Méo 1998); esto es, que el territorio es una respuesta de espacios que se han articulado en virtud de ciertos intereses, motivaciones, creencias, valores, etc., y por lo tanto tienen un sentido que es mutable en el tiempo. Esta definición, en diálogo estrecho con lo propuesto por Frémont (1976) para el concepto de región como espacio vivido, permite a su vez establecer el puente con lo tratado por Barabas (2010), quien al tratar el concepto de territorio como apropiación, pone los énfasis en la construcción de sentido, significado y de apropiación simbólica desde usos tradicionales, costumbres, memoria, rituales y formas diversas de organización social.

¹⁰ El Proyecto Fondecyt Regular N° 1141169, denominado “Fronteras tardías, fronteras actuales: el territorio de Aysén en la construcción del imaginario geográfico de la nación. Chile, siglos XX y XXI” ha venido desarrollando el planteamiento de que el territorio de Patagonia-Aysén (Chile) no es un área naturalmente periférica sino que aquella condición es el resultado de una producción histórico-geográfica que la fue constituyendo en una espacialidad periférica. Aquella hipótesis se sustenta a base de la siguiente pregunta: ¿Es posible que el territorio de Patagonia-Aysén piense su condición fronteriza o periférica solo basándose en criterios físicos o políticos, sin prestar atención o profundizar en aquellos marcos discursivos que van definiendo tal posición fronteriza? Desde esta perspectiva, es relevante prestar atención a los procesos de producción de representaciones geográficas que surgen en contextos temporales específicos.

